

por la Universidad de Antioquia
y por la S. de M. P.

Discurso pronunciado el 7 de Agosto en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, por el Sr. Director de la Escuela de Derecho, Dr. Alejandro Botero Uribe.

Há poco más de un siglo que—conducida por un Mago—una legión de espectros como sombras, se descolgaba de las heladas cumbres de los Andes, sobre colinas y otros que al pie basan el Boyacá y el Sogamoso en la provincia colonial de Tunja. Y aquel ejército de sombras lo traía hipnotizado el visionario Jefe a libertar del despotismo a un Reino, y si quereis que os diga, a medio mundo: ¡empresa temeraria si las hubo!

Mas, antes de avanzar, sabed de qué progenie o casta eran esos espectros de soldados. Eran de los mismos que poco antes en las llanuras de Venezuela,—tribus nómades—especie de centauros *hiponautas*, arrebataban a diente al español, bajo sus fuegos, los cables de sus armadas lanchas, al través de las corrientes de furibundo río; y asombraban al mundo con hazañas como la de las Queseras del Medio, que no ha rivalizado hasta hoy ningún pueblo en la tierra, que no cuenta ni habrá de registrar nunca la Historia; y si no, oid.

Corría el año de 1819 y en nuestra guerra de Independencia no se había convalidado aún—sino en mínima parte—de los estragos con que de 1816 a 1818 Morillo había aniquilado a Nueva Granada y Venezuela; fieros ambos contendientes estaban enfrentados en las opuestas bandas del Arauca que, henchido, aterrador o a la vista invencible, parecía querer impedir entre ellos la matanza. El Libertador que era de suyo impaciente ansiaba la pelea, y Páez que era su más robusto brazo, nada tímido en verdad, creía que no era oportuno arriesgarla en tiempos tan lluviosos; pero, enseñados como estaban éste y sus hombres a jugar con la muerte, cortejándola, un día como por diversión se botaron al Arauca en sus bridones él y 150 jinetes de entre los suyos escogidos, quienes, sin titubear, regocijados lo siguieron, a qué?: ¡a morir! que nada menos debía temerse en tan audaz empresa!

A nado atravesaron en sus caballos la corriente, a la vista del Libertador y sus absortas tropas, quienes los juzgaron locos pues los veían perdidos: iban a emprenderla nada menos que con Morillo, el que midió su acero con Massena, el vencedor de Ney en Vigo, triunfador en Bailén y en cien jornadas, y escogido por Wellington su jefe, para que viniese a tratarnos como a esclavos insurgentes; y, por contera de temblar! señores, con 8500 veteranos de todas armas, guiados por tan aguerridos jefes como Latorre, Calzada, Pereira el del sublime Valencey, Narciso López y otros del jaez. Y ellos? un pelotón de desnudos, tan solo armados de machete y lanza!

Esguazado así el río, Páez instruyó bien a su legión y, cuando el Libertador y sus huestes espantados le gritaban «Insensatos, deteneos!» él y los suyos batiendo las banderolas de sus lanzas contestaron ufanos, sonreídos: «Cantad amigos, si podéis, que vamos a vencer!»; y partieron tan alegres, cual si fuesen por recreo a un juego de sortija o de cañas. Sus compañeros todos los contaron perdidos; y Morillo y los suyos, no pudiendo creer en tan osado e insolente ataque, juzgaron al principio que iban a defecionar, pasándose a sus filas; mas se prepararon sin embargo desplegando su ejército en batalla: a un lado Calzada con 3000 hombres; al opuesto, Latorre con otros tantos; y al centro, Morillo mismo con los artilleros, infantes y caballos que sobraban.

Parodiando yo ahora al galano escritor Eduardo Blanco, os digo: «Que avanzaba esa columna como una serpiente de acero ondulando en la llanura, y cuya lengua vibradora fuese la inmortal lanza de Páez», que a su cabeza y con el ojo avizor del monstruo ofidio, fijase el punto en que hincaría su diente. Llegaban ya a cien pasos de la línea española, cuando una atroz descarga de artillería y fusilería los recibió no de paz; 6000 rifles y seis cañones detienen sus caballos que, ceriles, semisalvajes, se encabritan, resisten, retroceden, se arremolinan y revuelven—cual si tuvieran más seso que sus bárbaros jinetes!—y estos a espuela y a lanza los obligan a entrar hasta que entran al fin, rompiendo filas y haciendo estragos inauditos en los pasados tercios españoles.

Morillo, enfurecido, intenta circuirlos cortándoles la antevista retirada; y Páez entonces, sin descuidar el centro, da sus órdenes y veloz como el rayo ataca a los dos flancos; rompe él mismo el cerco de acero de Calzada, abre en él ancha brecha; y a Latorre y a los cazadores de Pereira les echa encima a Aramendi y a Rondon, a Figueredo y a Muñoz, y a Mina y a Juan Gómez y a Carmona, los cuales a su vez rompen por su lado, burlan a sus enemigos y, a la voz de su jefe van retirándose, «primero a toda brida y luego a media rienda» y hacen que el español, encarnizado al perseguirlos, se aleje de su centro lo bastante.

La caballería enemiga ebria ya de ira y de alegría, creyéndolos corridos los persigue tenaz, alza sus afilados sables relucientes, enristra fiera sus lanzas para exterminarlos; y Páez, sereno y a galope apenas, medio tendido en su silla, viéndolos al soslayo y provocándolos, los deja llegar a la distancia no más de dos caballos; cuando de súbito un grito agudo de su voz del Llano, cual rugido de león, se oyó en sus filas: el grito aterrador de «*Vuelvan caras!*», y, como un solo hombre los suyos movidos por automático resorte vuelven riendas; y, de lo que allí pasó, «no tiene ejemplo el heroísmo humano!»... ..

A pesar del estentóreo ruido en tal fragor, se oía romper los cuerpos de españoles y caballos como rasgando con las lanzas, lona; y entre gritos, imprecaciones y lamentos

la primera fila de la caballería española quedó tendida en el polvo entre su sangre envuelta; y, pasando sobre sus restos los caballos a la segunda fila que trepida, Páez y sus hombres la acuchillan sin piedad y entre salvajes gritos avanzaron, corrieron a los infantes y artilleros y con los pechos de sus corceles hicieron enmudecer fusiles y cañones. El temible español Narciso López, que por pelear mejor echó pie a tierra, no pudo hacer sino un tiro, pues no había un fusil entre unos y otros combatientes: aquello iba ya cuerpo a cuerpo, a uña y diente, como a los mordiscos, hasta que al fin, a la desbandada inevitable ya los españoles corrieron a ampararse en su centro: aquello era un huracán, una tromba, era de un espanto horrendo!...

Morillo, feroz e implacable siempre, al verse atropellado por los suyos disparó sobre éstos! a fin de contenerlos, y la mortandad fue espantosa, pero en vano: él mismo fue arrastrado por aquel ciclón horrible de la pampa y consumió así la derrota de sus 8,500 veteranos, que fueron a escaparse entre los bosques de árboles y palmas, en cuyos recios troncos los llaneros de Páez clavaron sus lanzas como para limpiarlas de piltrafas y entrañas de español que ya las embotaban.

Las sombras de la noche entoldaron ya aquel cuadro de espantos y de gloria a un mismo tiempo; y, a la luz de las estrellas que iban reventando en el oscuro azul como asombradas, el increíble Páez y sus locos como él, ya al pausado trotar de sus bridones, pasaron sobre los cadáveres de más de 500 españoles; y a su vuelta fueron a bañar en el airado río la sangre, el polvo y el sudor copioso y acre de tan desecha tempestad de hierro y plomo.

El Libertador los vio llegar y parecía no creerlo; enloquecido de entusiasmo a poco, les dirigió la inmortal allocución de los Potreritos Marrereños—3 de Abril—que acaba así: «¡Soldados! lo que habéis hecho no es sino un preludio de lo que podeis hacer. Preparaos al combate y contad con la victoria que llevais ya en las puntas de vuestras lanzas y vuestras bayonetas!»

Así decía él, cual si latiera en sus sienes, porque al calor de su amplio corazón gestaba ya en su pecho genitor, Boyacá la libertadora no sólo de Nueva Granada, sino de su dilecta hija—su ensoñada Gran Colombia—y de la América Latina toda: un Nuevo Mundo! Ah! padre Libertador! Bolívar, redentor inmortal de un mundo nuevo, salve, mil veces salve a Vos y a Santander, Páez, Anzoátegui, Rondon, Lara, Manrique, Plaza, París y mil y mil más, hijos de vuestro genio creador, hechuras vuestras todas!

De esa casta o estirpe era, pues, ese ejército de sombras que os dije descolgábase de las cumbres de los Andes, por el Páramo de Pisba, sobre las yungas y collados de Tunja que al pie besan el Boyacá y el Sogamoso y que,—como una fantasía por Edgar Poe ingenjada,—venía regida por un mágico iluso a libertar a un mundo. ¡Y lo libertó ese

Genio iluminado! escuchad, señores, de qué modo que ya no os cansaré mucho.

Esas sombras que Bolívar traía, por él hipnotizadas, toparon desde Paya con su primer humano obstáculo: el retén de unos 300 hombres que Barreiro tenía allí en observación. Empero Santander, el verdadero «organizador de la victoria», el más eficiente genitor en lo práctico de tan osada empresa, los barrió con un soplo no más de su pujante aliento; sin mayor daño que el de haber quedado así descubierto el sigilo en que hasta allí vino ese ejército de sombras. Bolívar, a causa de esto, pareció vacilar por un instante, pero el sereno sesudo Santander apoyado en Anzoátegui, Soublette, Ambrosio Plaza, Manrique, Lara, París, Antonio Obando y otros, le instaron que siguiese, y siguieron.

Avivaren sus movimientos cuanto lo consentía la reposición de sus espectro-sombras que, libres ya de tantas ansias o fatigas y del hielo de tan agrios ventisqueros, al calor vivificante del generoso corazón del Mago, fueron como reviviendo, se animaron, requirieron o aprestaron sus armas, remontaron sus caballerías, reponiendo las pocas sobrevivientes, comieron bien ante todo, y, medio desnudos aún, se alistaron a pelear: a vencer, pues, cual se los dijo aquel vidente iluminado Genio. Y a poco en «Gámeza» donde murieron dos héroes nuestros,—Arredondo y Guerrero,—«los Corrales y molinos de Bonza», la Peña de «Topaga», y sobre todos el «Pantano de Vargas», donde Rondona lanza apeó a Barreiro de su ensoñado triunfo que creía ya seguro: ¡ay! y donde murió como sublime mártir el coronel Rook, jefe viril de la Legión Británica, quien al caer el amputado brazo que dos balas le habían desguazado allí poco antes, lo tomó con el otro, lo mostró en alto y exclamó el insuperable estoico! «*Así, los pierda todos, y viva la Libertad!*»: honremos, pues, en él a nuestra digna aliada, la noble y libre, generosa Albión.

Allí se hicieron temer ya de su fiero enemigo los patriotas y, alternativamente según Bolívar lo creía discreto, o hacían éstos que se defendían apenas, o atacaban con varia suerte no siempre feliz, hasta que desconcertaran a Barreiro, engreído y tenaz jefe español, mas contendor que honraba bien la lid.

Eludiendo unos y otros la batalla campal y variando posiciones para hallar la mejor, Barreiro se situó en Paipa y Bolívar fingió accarlo allí, lo siguió de muy cerca y con afán, amagando su espalda, y acampó esa noche a tiro de fusil, aparentando que lo atacaría al día siguiente. Así lo creyó Barreiro! cuando al amanecer, Bolívar apareció en Tunja, ya entre Sémamo y sus huestes avanzadas, quitándoles toda comunicación y dueño así de un socorrido parque y de recursos!

La noble y siempre abnegada ciudad del Aguila Negra-Tunja,—se llenó de regocijo y, sin pensar más que en ser

libre, sirvió al Libertador con cuanto pudo y, en parte, tomó filas con él en la contienda. Barreiro desesperado ya emprendió ganar el Puente de Boyacá para enmendar sus errores y, desde los altos campanarios de Tunja Bolívar lo hizo espiar y lo vigiló él mismo a caballo desde lo alto de una cumbre. Y al ver ya el errado camino que tomó el español, Bolívar exclamó en un trasporte de júbilo indecible: "*Ya es nuestro*", y veloz lo siguió cual convenía a sus fines.

Al llegar Barreiro con sus huestes al río Boyacá, ya estaban cerca al Puente Santander y Anzátegui resueltos a ultimarlos. Serían las tres de la tarde cuando la lucha culminó en lo recio, Barreiro se batía como un león acorralado, como digno hijo de la heroica España, pero en vano: los nuestros rompieron allí a su vista y su despecho, el secular Escudo Colonial, abrumándolo a él por donde quiera; lo detuvieron, lo estrecharon, lo enloquecieron, lo hostigaron, y a machete y a lanza y bayoneta lo echaron, por pelotones, a rodar de sus alturas; y Rondón, Infante y Mellao hicieronlos pisotear por sus bridones.

Y cuando ya Bolívar—que embridaba a jinetes y caballos que, como a porfía, querían también entrar en fuego—, juzgó llegado el momento, los azuzó y lanzó sobre esos ya quebrantados, agonizantes escuadrones; y, al inolvidable Santander—el hombre para mí *sine qua non* de tan grandiosa empresa—, tocóle consumir la atroz derrota: poner, pues, el *Finis coronat opus* de la inmortal campaña de Boyacá, que los libres no acabarán de agradecer ni en siglos. Ni en el fin de los siglos, digo yo, porque no fue solo la Nueva Granada la libertada así: fueron Venezuela y Ecuador también—la dilecta mimada hija de Bolívar *Gran Colombia*! y, por anticipación Perú y Bolivia, que palpitan ya en las sienas de Bolívar, Carabobo, Junín y otras jornadas, y la indecible, la inefable terminal del Ayacucho.

¡Ayacucho, señores! de la cual sólo podré hoy decirlos, que la Gloria, que desde años atrás tenía en Bolívar a su escogido, predilecto amante y que suele ser versátil; en Ayacucho esa inconstante le fue infiel. Como el águila caudal, ella se mecía en el éter oteando el curso a la final batalla, el último florón o el broche de oro con que Bolívar orló en la sien a la libertad de Sur América. Y aquella Veleidosa, enamorada al ver a Córdoba en su "paso inmortal de Vencedores", a aquel alado arcángel de la Fama que parecía volar más que sentar el pie en tierra en tan solemne ocasión, la Gloria infiel que acaso había sentido ya sus tentaciones, no pudo resistir más, plegó sus finas y lucientes alas aceradas y con zumbido al parecer metálico, fugaz, flechóse al héroe, se posó en sus hombros sobre aquellas jinetas bien ganadas, y cariciosa le habló al oído y le besó en la sien: eso se explica, señores, es humano; se trataba de Córdoba el más garrido y gentil, el más bizarro mancebo que en el Olimpo Marte engendró en Venus; y la Gloria no era

hombre, Córdoba sí, y qué hombre! Bolívar al saberlo, entre encelado y mustio, mordiéndose el fino y decoroso labio, empero grande en todo como siempre lo fue, sesgó los ojos y guardó silencio: si más tarde él ciñó en las sienas del sin par Sucre la corona triunfal emblema de Ayacucho, no fue ello, nó, una ruin venganza, eso era lo jerárquico y correcto, mas, Sucre hidalgo y justo siempre, la colocó sobre la sien de Córdoba; y aquella Infiel sonrió de regocijo! lo cual también es humano: así es la vida.

Mas, fuerza es ya que acabe yo, diciéndoos: un siglo hace hoy que en Boyacá fuimos libres por obra de Bolívar, Santander y sus héroes: oremos y floremos lágrimas de entusiasmo y gratitud por nuestros Libertadores todos, desde el humilde anónimo soldado,—de quien no se sabe hoy en donde están sus huesos, pues la Historia es siempre así! hasta Bolívar de quien Santander dijo: "Que sin este genio inmortal nada se habría hecho". Y yo digo: ni sin Vos, patrio insustituible, madre de Boyacá si él es el padre!.....

Sí, que sin Santander juzgo yo inconcebible a Boyacá.

Sabed ¡oh jóvenes amigos! que—si no lo más porque de por medio está Bolívar,—a Santander le debemos haber sido en la empresa inmortal de Boyacá su primero y gran resorte, el músculo flexor de tan potente brazo, creador de la Libertad en Sur América; a Santander, que tanto supo pensar y regir bien al país, como ser hombre de viril acción, clásico y eficiente siempre en todo; a Santander, repito, que así supo encararse a la muerte con su espada, como con el Crucifijo que al morir empuñó firme, sin respetos humanos; ¡Cristo, señores, en el cual él creyó siempre, y que si fue Quien en la tierra le dió gloria, iba asimismo a dársela en el Cielo!.....

¡Así, sin miedos! mueren los creyentes.

A. B. U.

Concurso histórico.

Discurso pronunciado por el señor Rector de la Universidad de Antioquia, Dr. Miguel M. Calle, en la sesión solemne celebrada para adjudicar los premios en el concurso histórico abierto por el Consejo Universitario.

Señores:

Extrañeza habrá de causaros el que yo hable en este momento, cuando el programa de nuestra fiesta reza un nombre de todos querido y venerado. El del Dr. Alejandro Botero Uribe, Decano del Profesorado de esta Universidad y reliquia de generaciones ya idas. Fue mi deseo que el Dr. Botero, ilustre por sus títulos, meritorio por sus virtudes, preclaro por sus talentos, respetable por su patriotismo y su carácter, abriera esta sesión solemne con que la Univer-